

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

# HACIA 1976 (VII) La vuelta a la realidad

CUANDO se miren retrospectivamente los años que acaban de pasar —que están todavía pasando—, se advertirá que ha habido una distancia mayor que la normal entre la realidad y su imagen pública, entre lo que había y pasaba y lo que se decía. Podemos tener ya una prueba de ello: los grandes «temas» que han ocupado el centro de la atención en este decenio se han ido olvidando a medida que ha ido pasando su oportunidad, que han rendido el beneficio que de ellos se esperaba. Casi nadie quiere recordar lo que ha dicho hace muy pocos años, porque es insostenible, y de ese modo se descubriría la constante deformación de la realidad que se ha estado cometiendo; se prefiere confiar en la mala memoria, que suele venir en ayuda de la mala conciencia.

El fabuloso crecimiento del mundo hace posible esta maniobra. La letra impresa representa volumen tan colosal, que es imposible repetirla, reproducirla, recordarla; añádesse a esto lo que significa la radio y, más aún, la televisión; la palabra hablada pasa, después de hacer su efecto, y en la práctica se desvanece y vuela, en una total impunidad. El viejo dicho «columnia, que algo queda» ha alcanzado dimensiones planetarias; y, si no me engaño, es el primer obstáculo que va a encontrar la humanidad para salir al mar abierto.

Pienso que habría que inventar nuevas técnicas para iniciar la aproximación a la realidad, sin la cual no puede hacerse nada decente ni eficaz, algunos medios para escapar a la asfixia cuantitativa de la palabra y llegar a las ideas claras que un día puedan engendrar creencias verdaderas, de las que puedan vivir sin engaño los hombres innumerables, sin temor a que choquen con una realidad inexorable, descubriendo entonces —demasiado tarde— la falsedad de sus vidas. Es lo que ocurrió a los que se dejaron llevar por el vendaval de mentira que desencadenó la Guerra Mundial, y temo que vuelva a pasar a una o dos generaciones de nuestro tiempo, si no despiertan pronto de la pesadilla ambiente.

Y esto —no hay que darle vueltas— tendrá que hacerse por lo pronto en los Estados Unidos. En la segunda mitad del siglo XX, son la proa del mundo occidental; pertenecen a la misma

nave, y por eso estamos todos embarcados en una única embarcación —«in the same boat»—, pero proceden en unos años a Europa y a Hispanoamérica, como la proa va unos cuantos metros delante del resto del buque. En 1976, al cumplir doscientos años, los Estados Unidos van a hacer nuevas elecciones, las primeras presidenciales después de la gran crisis cuyo desenlace negativo aconteció el verano de 1974; ahora falta la otra mitad; el desenlace positivo, quiero decir hacia adelante.

La lentitud característica de nuestro tiempo —que se cree el siglo de la prisa— me preocupa. No sé si de aquí a las elecciones, es decir, en el plazo de año y medio, va a desembarazarse el pueblo americano de la madeja en que ha sido envuelto y va a encontrar una línea clara para orientarse. El partido democrático ha sido siempre el mayoritario —el republicano gana sólo porque la mayoría no afiliada lo apoya cuando considera que representa mejor los intereses generales—; además, la crisis de Watergate lo ha reforzado, y hoy el Congreso tiene un gran predominio democrático. Pero, paradójicamente, apenas se ven en este partido figuras atractivas, incitantes, enérgicas, actuales, que pudieran ocupar la Presidencia. El partido de la minoría, el republicano, parece en mejor situación. ¿Cómo es esto posible?

Los republicanos están gobernando desde comienzos de 1969, durante las presidencias de Nixon y Ford; pero podríamos decir que los demócratas están «en la oposición» desde 1964, desde poco después de la muerte de Kennedy, a pesar de que durante cuatro años gobernó el demócrata Johnson, respaldado por una formidable mayoría electoral, sólo comparable a la de Nixon en su segundo mandato. La guerra de Vietnam enajenó a la mayor parte de los demócratas, y sus figuras más notables llevaban repitiendo un decenio entero los temas de la crítica partidista en su forma más extremada.

Ahora bien, lo que puede hacerse en los breves meses de una campaña electoral, cuando nada se toma demasiado en serio porque se trata de un «juego» —aunque el premio sea el Poder—, no se puede hacer durante diez años, porque entonces el que lo hace cae en la trampa y queda preso de sus propias palabras y actitudes. Y los republicanos, que durante ese tiempo han estado en cierta neutralidad o resueltamente a la de-

fensiva, han quedado electoralmente vencidos por las convicciones públicamente dominantes, pero internamente menos afectados por ellas.

Es absolutamente urgente que alguien presente a los americanos una imagen válida del país, no deformada por la idealización ni por el partidismo, ni contagiada de la compacta difamación difundida por el mundo, casi sin excepciones. Ortega gustaba de recordar la frase de Fichte: «La política consiste en expresar lo que es». Los medios de publicidad del mundo —sin exceptuar a los Estados Unidos— vienen, desde los tiempos de Hitler y Stalin, presentado una imagen absurda de los Estados Unidos; mejor dicho, una serie de imágenes contradictorias, inconciliables entre sí, que se abandonan y se sustituyen, porque no interesa su fidelidad, sino su utilización. Esto es en sí mismo un problema muy grave. Pero lo que aquí me interesa es que en esas imágenes «no se puede fundar una política», si ésta ha de «expresar lo que es».

De vez en cuando aparece en alguna declaración, en algún discurso, en algún artículo o libro, una impresión de realidad, algo que tiene que ver con lo que las cosas son. Pero es infrecuente y no suele tener muchas consecuencias. Hace quince años justos, el padre John Courtney Murray —a quien conocí brevemente en el Concilio Vaticano II, a fines de 1964, poco antes de su muerte— publicó un libro titulado «We Hold These Truths», «Sostenemos estas verdades» (primera palabras de la Declaración de Independencia: «Sostenemos que estas verdades son evidentes...»). Es un libro de pensamiento, un libro «teórico». Leído hoy, resulta asombroso lo cerca que está de la realidad. Si se lo compara con casi todo lo que se ha dicho en los últimos ocho o diez años, se esté de acuerdo o no, la impresión es la coherencia con la realidad, el respeto que por ella tiene.

Creo que este habrá de ser el primer paso, si no queremos vivir en una fantasmagoría que resulte una pesadilla: volver a la realidad, nos guste o no, para hacer con ella lo que queramos; todo menos una cosa: despreciarla y volverle la espalda.

Julián MARIAS

## UNA INCORDIANTE HORMIGA

## «LE DEJEUNER SUR L'HERBE»

HACE poco, unos amigos me llevaron a comer al campo: una verdadera «comida campesina», guisada e ingerida en el suelo, bajo unos pinos, frente a un panorama discretamente ameno de montañas y barrancos. Fue uno de esos días del calendario folklórico local, en que parece obligado celebrar cualquier episodio del santoral mediante un consumo extraordinario de alimentos al aire libre. La costumbre es antiquísima: quiero decir, muy anterior a los temores de la polución de la atmósfera urbana. Y para mayor curiosidad etnográfica, conviene advertir, además, que el rito tuvo siempre y sigue teniendo bastante arraigo entre las gentes de residencia y de oficio básicamente agrícolas: o sea, para quienes «salir al campo» no constituye precisamente una excepción. Pero son cosas que ocurren. Y allá fuimos, dando tumbos por caminos difíciles, a la búsqueda del rodal adecuado, con los pertrechos propios del caso, botellas, cacerolas, verduras, bollos, chuletas, recipientes de plástico de diverso contenido, un par de tenedores... El sitio, repito, era agradable. Se podía respirar como Dios manda, el silencio sólo era interrumpido por el poético pío de algún pajarillo, abundaban los yerbajos balsámicos, la brisa soplaba con la suavidad justa, el sol no falló. Pedir más habría sido excesivo.

Y el resultado fue encantador, dentro de lo que cabe. La compañía y los comestibles, desde luego, merecieron la máxima gratitud de que soy capaz. Pero el trámite y la Naturaleza... Sobre todo, la Naturaleza. Mi escaso entusiasmo por los contactos directos con eso que llamamos «Naturaleza» es claro y rotundo. Quizá se deba a una cuestión de «temperamento» o de algo así: cada cual es como es, y en paz. No me resigno a ello, sin embargo. La Naturaleza, a la hora de sentarse a comer, no deja de ofrecer unas incomodidades notorias: bichos que se encaraman sobre el pan o vuelan ignominiosamente en torno al condumio, plantitas que pinchan las posaderas del incauto comensal, pedruscos que impiden una posición honorable

del cuerpo, imprevistas ventoleras, la nube aguafiestas. No dudo, por ejemplo, de que la hormiga sea un animal simpático, e incluso —a través de la oportuna fábula— socialmente didáctico: una hormiga interferida en el almuerzo, o corriendo hacia el ombligo del individuo que sesteaba durante la digestión, no me hace ninguna gracia. Y la verdad es que no todo son hormigas, en el «campo». La botánica aromática, o no, también es molesta. Y lo restante. Sospecho que hasta el mismo «aire limpio» sienta mal, a los pulmones medianamente habituados al tabaco y al monóxido de carbono y a tantísimos humos sobre los que descansa nuestra vida diaria...

El aspecto «cultural» del problema exigiría muchas puntuaciones. Desde el «Beatus ille» horaciano —irónico, en definitiva— a «Le déjeuner sur l'herbe» de Manet, por invocar dos referencias ilustres, el material a consultar y a discutir sería opulento, y el «Menosprecio de corte y alabanza de aldea», del obispo Guevara, o las «bergeries» del XVIII francés —con María Antonieta al final—, se prestarían a jugosas divagaciones. La «Naturaleza» manipulada en estas entretenidas realizaciones es una Naturaleza sin insectos oprobiosos, sin inconducencias meteorológicas, con vegetales sin espinas, sin terremotos ni volcanes, sin microbios nefastos, sin... Es una Naturaleza ficticia... Cuando Eduardo Manet pintó su famoso «Déjeuner», si no recuerdo mal, sólo pretendía articular un montaje plástico inédito, para revalorizar el desnudo femenino en un «escenario de plein air». Hizo trampa. Más trampa hizo Picasso en sus gloriosas variaciones sobre Manet: los «Déjeuners» de Picasso eran pintura —o dibujo, lo mismo da— inspirada en pintura, concretamente en la tela de Manet. «Sur l'herbe», la operación de comer adquiría, a través de estos dos atléticos artistas, una apariencia de delicia que la «realidad» no certificaba. Ni Manet ni Picasso se acordaron de meter en sus especulaciones gráficas una simple, sencilla, incordiante hormiga. Incordiante, en particular.

Hoy, con los restaurantes a punto, la industria dedicada a la nutrición de la ciudadanía fuera de sus domicilios, muchos de ellos situados estratégicamente en lugares de afable admiración, siempre es preferible acudir a ellos. El «Déjeuner sur l'herbe» adornado con manantiales limpidos y con una cierta efusión de nalgas y senos para alegrar la vista, no existe. Tal vez nunca ha existido, sino en la jovial elaboración de Manet y en las réplicas de don Pablo. Ciertamente, la angustia de los precios limita la opción. Pero, por poco que pueda tolerarlo el presupuesto familiar, lo recomendable es el «déjeuner» en un comedor medianamente serio, y no «sur l'herbe». En el campo, uno se encuentra con la fauna y la flora más inhóspitas, y, naturalmente, sin aquellos desnudos fascinantes que pintaron Manet y Picasso. No olvidó que los menús de los establecimientos, indicados no siempre están a la altura de las circunstancias, y menos que nunca, en las jornadas de aprieto de clientela. Pero siempre será preferible esa solución. Para que sea apreciable el saldo de una «comida campesina» a la antigua y buena usanza, el lio a salvar es enorme. Cuando la plantilla de los comensales está a punto de instalarse, se descubre que los tomates para la ensalada no son los pertinentes, o que falta la sal, y que la cerveza tiene una temperatura repulsiva, o que la hoguera donde se ha de asar la carne pone el peligro la cercanía forestal...

Y que van por ahí los tiros, se nota, y cada vez más. Los restaurantes, en las fechas eminentes, están repletos. No digamos ya el recurso del «chalet». El chalet, la casita más o menos bien dotada en un paraje afectuoso, viene a ser una transacción entre el confort y la Naturaleza. Con sus electrodomésticos y con un espacio vegetal a su alrededor, da la impresión a sus propietarios de que disfrutan, simultáneamente, de la «ciudad» y el «campo»: de los cubitos de hielo para el whisky y de la suntuosa aireación higiénica, el horno para gratinar la pasta y el aerosol que elimina las

bestezuelas menores, el sofá y la puesta de sol. Queda la incomodidad de la «operación retorno», sin duda. Pero eso es otra historia. De momento, el «fin de semana», el «puente», la vacación corta o larga, permite así estar, si no en la Naturaleza, «cerca» de ella, y a resguardo de sus inconducencias. El lujo de tales disponibilidades sólo pertenece a un porcentaje muy limitado de los contribuyentes. Con todo, la tendencia es a difundirse. Cada día se ven más construcciones de este tipo en los sitios más insólitos. Un ministro se quejaba, recientemente, de que, ante la crisis actual, la ciudadanía no se ha manifestado demasiado partidaria de «apretarse el cinturón». Y es que la ciudadanía, en cuanto puede, deja de chuparse el dedo.

Todavía quedan millones de personas sin chalets. Debe de haber algunos menos que poseen coche, o la posibilidad de meterse en coche ejeno. La mayoría, ante el asueto tentador, sigue quedándose en casa. Pero, con un medio u otro de locomoción, se llega al «campo», y a pesar de los pesares, «les déjeuners sur l'herbe» continúan siendo una oportunidad. Después de tanta propaganda «ecologista» y de tanto abominar de las indecencias del mundo asfaltado, ¿cómo evitar que la multitud, de vez en cuando, busque la sombra de un árbol, y confíe en la benéfica virtud de la clorofila? En cualquier trayecto se pueden ver los grupos familiares, masticando sus provisiones. Muchos ya lo hacen sentados en sillas plegables, con mesas de quita y pon, y eso revela su buen sentido: se trata de una manera de eludir las molestias de la Naturaleza. Y, el transistor al lado, con su repertorio cotidiano, les ayuda a sentirse más «à l'aise». Bien mirado, para ellos, los gorjeos de las dulces avecicas, el rumor del viento entre las hojas o el murmullo de un arroyo, no constituyen una música bastante satisfactoria, y se apañan a su leal saber y entender. No será yo quien tire la primera piedra...

Joan FUSTER

## ESTRUCTURAS METÁLICAS FORJADOS

Convencionales y Reticulares

ORBANA S. A. c./ Valencia 619-1 • Tel. 245-87-48

## TELEVISION EN COLOR

Adquiera hoy mismo su definitivo T.V. en color por

**2.183 PESETAS MENSUALES**

- Primeras marcas
- Garantía y servicio post-venta
- ABONAMOS HASTA 15.000 PTAS. POR SU T.V. USADO (SEGUN MODELO)

Visite e infórmese sin compromiso, en el único establecimiento de Barcelona dedicado a la venta e instalación de Televisores.

TELE-CLUB. Infanta Carlota, 96-98. Tel. 250-66-93

ESTUDIA AHORA  
INFORMATICA  
PROGRAMACION  
PARA ORDENADORES en  
**bit** Manila, 49 - T. 203 68 50

## REFORMA PISOS.

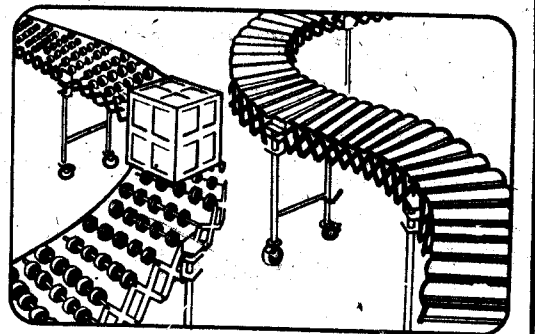
Cocina. Baños. Locales  
Facilidades de pago  
36 meses

**Depasa**

Entenza, 101. Teléf. 243-35-00

## CAMINOS A RODILLOS Y ROLDANAS TRANSODEX

- \* Extensibles y graduables
- \* Portátiles y fijos
- \* Estanterías por gravedad
- \* Instalaciones especiales



**technoman**  
TECNICAS DE LA MANUTENCION

Diputación, 249, 3.º, 2.ª  
Tels. 317 98 36 - 318 89 79  
BARCELONA-7

Juan Godó, 4 y 6  
Tel. 883 35 54\*  
IGUALADA